

## EL IDEALISMO BRITANICO

---

York, noviembre de 1907.

Para un hombre de ojos solares y de sangre latina, la primera semana de Londres es una temporada de tribulaciones y de esplín. Hasta las dificultades del idioma contribuyen á aislaros y colocaros en estado de guerra contra el ambiente. ¿Pues cómo vais á adivinar que cuando dicen «ova» han pronunciado la palabra que se escribe «over» (sobre), y cuando dicen «neicha» han pronunciado la palabra que se escribe «nature» (naturaleza)? Y así en las otras, hasta que llegáis á dudar de vuestra propia inteligencia y á lamentar los días perdidos en estudios inútiles. Pero cuando el oído ha conseguido retener los matices prosódicos, y uno se ha convencido de que le será imposible comprender la lengua apocopada y elíptica del conductor de tranvías, y ve en cambio que empieza á comprender el habla que hacen para vosotros más clara el «gentleman» ó el funcionario, entonces es como si hubiera dado un vuelco la rueda de la fortuna, como si el sol hubiera roto las aciagas nieblas de Londres, como si se hubie-

ran puesto á cantar en el propio regocijo tódos los pájaros de la primavera, como si hubierais comenzado á salir del bátrro pavoroso donde monstruos innobles os tenían cautivo. Y luego vienen los descubrimientos fonéticos, al oír que este idioma, tal como aquí lo hablan las gentes cultas, no tiene las asperezas guturales del alemán ni las resonancias nasales del francés. Que las consonantes más duras, tales como la *t* y la *r* se ablandan hasta casi perderse en ciertos lugares de la sílaba; que hay vocales mudas, las cuales contribuyen á instrumentar las armonías de la frase, y que existe una marcada diferencia entre el aspecto escabroso del inglés escrito y su prosodia casi toda labial y dental, como en el idioma nuestro. Por eso en el estudio del inglés debe hacerse comprender que la dificultad para discípulos de habla española es de resorte puramente psicológico, es de cir, que no consiste en la articulación misma de los sonidos, sino en el paso de la imagen gráfica ó visual á la imagen auditiva ó vocal, asaz diversas entre sí. Mas si alguien pónese á escuchar, sin preocuparse de comprender ó aprender, poesías como el *Ulallume* ó *The bells* de Edgar Poe, descubrirá, en ciertos versos, las más delicadas y fáciles melodías, sobre todo si quien se las dice es una de estas mujeres inglesas, que si alguna vez cautivan á los extranjeros, no es con sus bustos magros, sino con su voz proverbialmente pura y musical, con su voz que tiene trinos de pájaro.

Cuando después de dos meses londonianos, llegué á tales conclusiones, creí fortalecido por semejante optimismo, que podía ya arriesgarme en la proeza de una incursión por esta isla misteriosa

«L'île inconnue», como la ha llamado un reciente libro francés. Los argentinos que vienen á Europa, prefieren casi siempre las sensualidades de Monte Carlo ó de París, y cuando pasan la Mancha, es sólo para conceder á Londres, en su itinerario de turistas, la ineludible semana de compromiso, que ellos juzgan suficiente para el vanidoso relato del regreso y para su irrazonada admiración por este país complejo cuya verdadera fuerza espiritual ha sido hasta ahora incomprendida ó deformada por nosotros. Piensan los ingleses que los forasteros, cuando han venido á estudiarlos, han, por su parte, interpretado erróneamente el fenómeno anglosajón, y acaso no excluyen de esto á Taine, ni á Bourget, ni á Paul Adam. Quiero precisamente recordar á quienes pudieran ver contradicciones entre ésta y mi correspondencia sobre Londres—cuyas opiniones siguen siendo las mismas,—que éstas se referían á una cuestión de estética edilicia, mientras el problema que abordaré aquí es un problema de moral política, bien diverso del otro. No estoy seguro de haber descubierto la verdad, pero cuanto vais á leer más adelante, no fué sugerido por los libros sino por los hechos, y si mi interpretación tiene alguna importancia, es la de ir diametralmente en contra del cúmulo de prejuicios que pedagogos y gobernantes han difundido en el Río de la Plata acerca de Inglaterra. Yo traía de allá todas mis antipatías armadas contra ella, porque se nos había hecho creer que ella era el campeón glorioso y victorioso de la civilización materialista, imperante hoy, por desgracia, en aquellos países jóvenes, y traía en el corazón esas larvas de odio, porque mi ideal de la vida ci-

vil es adversario de todo lo que pueda llevar una sociedad al triunfo deletéreo de las concupiscencias y los egoísmos. Y yo escribo estas páginas sinceras, simples y saludables—para cantar una palinodia que lejos de debilitarme ha de fortalecerme en mi fe, pues he visto en Inglaterra, no el epicureísmo de América, sino el triunfo de un idealismo ferviente y sereno, alimentado por la idea de la solidaridad social y su confianza en la perennidad de los esfuerzos humanos á través de los siglos.

Antes de ahora os he contado mis impresiones de Stratford-on-Avon, inmenso monumento de amor consagrado á la memoria de un poeta. Os he referido después mi entusiasmo por Oxford, ciudad de ensueño y de paz, vasta obra de ideal amasada con seculares sacrificios de fortunas y vidas. Os he narrado igualmente, á propósito de un fellow de Cambridge, mi admiración por estos hombres dedicados tan sólo á la pesquisa y divulgación de la verdad. Vengo ahora de visitar Liverpool, y Manchester y Glasgow y Edimburgo, y me detengo, para deciros mi pensamiento, en esta ciudad de York, orgullosa de su viejo abolengo y de sus ruinas romanas. El camino amaestra, dice Navarro Ledesma al referir las andanzas de Cervantes,—el camino enseña y agudece. Y así á lo largo del camino, he comenzado por corregir los pequeños errores pintorescos. En el Río de la Plata, «el inglés» por antonomasia, es el hombre que concurre con puntualidad á las citas, el que es parco en el hablar, el que en la calle de los bancos os quita la acera, el que es desdeñoso del quijotismo.

En el vocabulario popular es también ese hombre siniestro que llama á vuestra puerta los sábados. Un inglés es el hombre que no usa barba, que es ahilado de cuerpo y fuerte de voluntad; que puede ser conductor de una locomotora ó electricista de una usina, pero que no sería jamás barrendero en las calles de Buenos Aires: el barrendero municipal debe, necesariamente, ser un napolitano. Mas he aquí que he visto en Londres ingleses andrajosos y humildes que van recogiendo á lo largo de la calzada las inmundicias del tráfico; y he visto en el Yorkshire campesinos de robustas mejillas y barba crespa completamente distintos del escuálido sajón de sombrilla y casco que os hace reír en comedias y caricaturas; y he hallado en los profesores de colegios y universidades los hombres más cultos y acogedores de la tierra; y en las asambleas nocturnas de Hyde Park donde cada domingo hablan doscientos oradores á los cuales nunca falta auditorio, he descubierto un pueblo con las características que habitualmente solemos asignar á los españoles: un pueblo inglés enfático y fanático, divagador y locuaz.

Sospecho que os ha de parecer falso mi testimonio y mi juicio paradójal. No en balde cada uno de estos hallazgos fué también para mí una sorpresa. Pero básteos saber que, en Londres, á Hyde Park le llaman «la válvula», porque es el sitio por donde se escapa en vapor de inofensivas arengas todo el hervor popular acumulado durante la semana y que, sin ese resorte, explotaría quizá en actos, turbando la paz pública. Y el carácter nacional es tan fundamentalmente oratorio, que si á cada

ciudadano le dejáis decir sus reflexiones y sus inyecciones hebdomadarias, queda pacificado para la semana siguiente. La vida parlamentaria que los españoles hacen en su pequeño corrillo del café, traslándanla los ingleses al parque público, magnificada en proporción al nuevo escenario, y allí, como en ágora ó foro, dicen con gravedad sus meditaciones sobre la existencia de Dios, sus interpretaciones de ciertos pasajes bíblicos ó sus juicios sobre los sucesos políticos del día. Cada londinense, contiene en germen una mentalidad de pastor y una voluntad de primer ministro. Sábados y domingos por la noche el parque enorme está rumoroso de muchedumbre. De entre ella, el que tiene alguna cosa que decir, sale y la pronuncia en alta voz: diez transeuntes se detienen á escucharle, y estos se multiplican después en la medida del interés que despierta su palabra. A veces un orador elocuente consigue agrupar una multitud numerosa, y cuando aquél concluye brotan los oradores subsidiarios, que son legión, á aprovechar ese auditorio. Suele haber entre los que hablan expondores serios, pero también diletantes, paranoicos, y fronterizos. Todos los credos tienen allí sus paladines ó impugnadores; y espiritualistas ó materialistas, católicos ó darwinianos, yonistas ó atomistas, sensualistas ó espiritistas, socialistas ó anarquistas, imperialistas ó pacifistas, todos encuentran allí solar de ensueño para emplazar la fábrica de dialéctica con que la inteligencia de los hombres sostiene en el vacío sus eternos palacios imaginarios.

Imaginad ahora, pues, todo el énfasis que al abordar tan altos temas pondrán en sus discursos

estos hombres que han llevado la retórica hasta los dominios de la «réclame», y que tienen una afición tan marcada por los adjetivos más pomposos, que cuando ofrecen en locación un pequeño piso de tres ó cuatro piezas, la costumbre londinense ha consagrado este aviso, ya clásico: « Se alquila «this enormous floor»—ó bien, aunque el piso sea modesto: «this magnificent floor». Corrobora mis ideas el recordar aquí que en el ruidoso libro que el viejo Tolstoy ha escrito para matar á Shakespeare, y demostrar «no solamente que no es un escritor de genio, sino que ni siquiera se le puede considerar como un escritor de los más mediocres» (sic, parágrafo I), el argumento de más fuerza que aduce, entre muchos falsos, débiles ó capciosos, es el que formula en el parágrafo IV: ...Yo estoy convencido hasta la evidencia de que Shakespeare carece del principal, si no el único medio de pintar los caracteres: el lenguaje. Todos los personajes de Shakespeare hablan una lengua que no es la suya, sino la de Shakespeare, siempre pomposa, inflada y artificial.» Ya antes que el iconoclasta ruso, había señalado este énfasis del idioma shakespeareano y el abuso de la retórica—tanto más vituperable en el drama, que se hace con el habla de nuestros diálogos vulgares,—el crítico Raleigh en su libro, sólo que siendo éste inglés no le atribuyera tanta gravedad. Pero es importante comprobar que tal es la característica externa en la obra del poeta á quien se reconoce como el escritor más representativo de Inglaterra y cuya gloria, si acaso reposa en el resto del mundo sobre una sugestión colectiva, como Tolstoy pretende, finca dentro de su país en una

íntima comunión de su espíritu con el espíritu de su pueblo.

Tales hechos é ideas producirán sin duda en una parte de mis lectores el mismo asombro que produje al profesor Smith de Oxford, cuando le dije que en la República Argentina consideraban á Inglaterra como un país práctico y cuidadoso sobre todo de su bienestar material. El noble y sabio humanista, de quien os he hablado en otra carta, volvió á mi su rostro con vehemencia para protestar, como quien se defiende de una injuria.—Y desgraciadamente para nosotros — le dije, — en nuestro país se cree que el apogeo de la Gran Bretaña proviene de ese espíritu materialista de su civilización.—«¡ Oh, no! — volvió á exclamar el viejo, — eso es no conocernos: nosotros somos un pueblo idealista, lleno de preocupaciones y de disciplinas morales»... Volvíamos esa tarde de casa del reverendo Evans, que había dado una fiesta para exhibir su colección de monedas y joyas antiguas y utensilios prehistóricos, considerada en su género como la más hermosa de las colecciones particulares de Inglaterra. Volvíamos á pie, cinco kilómetros fuera de Oxford, pues la casa está sobre uno de los alcores que circundan el pueblo. Habíamos pasado un pequeño arroyo, sobre una barca que el barquero, sin remos, movía apoyándose en la arandela que cruza de banda á banda el vado, según costumbre antiquísima. Nos habíamos detenido en mitad del camino, porque Mr. Bridges, poeta, que venía también de la fiesta acompañado del reverendo Senday, gran exégeta de la Biblia, según me avisó Mr. Smith, quería mostrarnos la casa que había construido, con

vista al panorama de Oxford; y Mr. Bridges, hombre alto y huesudo de larga barba blanca, nos había mostrado el salón de su biblioteca, lleno de libros, con los retratos de los antepasados en los muros, con la estufa, y el piano de sus hijas, ya listos para las veladas del «home», que empezaban este invierno... Y ahora cruzábamos, al dialogar sobre el idealismo británico, un antiguo bosque de fresnos, oyendo en el atardecer de las colinas, el gritar de una banda de faisanes salvajes que se retiraban á sus nidos.

Después de aquel día, y al paso que nuevos hechos se han presentado á mis ojos, he justificado el sintomático asombro que produjo en el humanista inglés el oír que en mi país consideraban á su patria como arquetipo de pueblos utilitarios. He visto entonces clara esta diferencia importante: que un pueblo puede tener en su seno ciertas individualidades potentes, capaces de concretar en obras de arte la belleza del universo, y ser, sin embargo, un pueblo sin disciplinas idealistas y sin aptitudes para una fecunda convivencia política: tal por ejemplo el caso de España, con su actual decadencia y con Velázquez y Cervantes que salvan por sí solos una nación. He visto, por lo contrario, que otro pueblo puede carecer de esas aptitudes de raza necesarias para producir tipos geniales en ciertas manifestaciones del arte, y ser, no obstante, capaz del culto de la belleza, como manifestación de una amplia y compleja educación idealista difundida en su seno: tal, por ejemplo, el caso de Inglaterra, que no ha creado sino una música y una pintura mediocres, pero

que mantiene salas como templos para los grandes músicos del mundo, y que ha pagado, según os referí, 45.000 libras por la Venus de Velázquez, hecho que tiene el vasto significado de un símbolo. En la vida y en la persona de un artista hay siempre su capacidad nativa para crear la belleza y su vocación activa de aplicarse á crearla. Lo primero le viene de su sensibilidad, de sus antepasados, de Dios, no sabemos de dónde, es innata y á veces inconsciente, es una divina fatalidad; mientras lo segundo es ya la obra de su educación, el milagro de su voluntad, la potencia deliberada y fecunda de su idealismo: y de ambos, es esto último lo que nos hace amar un hombre: lo otro es simplemente lo que nos hace admirarle. Yo conozco poetas sin talento á quienes mandarían canonizar por el solo fervor de sus idealismos.

Y he aquí que Inglaterra tiene esto último entre sus fuerzas colectivas. Si aquí apareciese un Velázquez, un Goya, un Miguel Angel, un Leonardo, un Wagner, un Beethoven, la nación lo deificaría. En eso consiste su superioridad moral, en tanto que su inferioridad consiste en su incapacidad de producir hombres de tal estirpe. La estatutaria inglesa es de una pobreza de imaginación que entristece. Pero nada puede compararse al deplorable efecto que produce la pintura nacional. Reynolds es su figura prócer entre los antiguos, ¿pero qué son sus retratos al lado de los grandes maestros extranjeros? Y en cuanto á la obra de los prerrafaelistas, cuyos nombres tanto suenan—Burne-Jones ó Dante Gabriel Rosetti,—me ha parecido, por lo que se puede ver en Tate Gallery y en los museos de Liverpool y Edimburgo, una cosa

académica y artificiosa. Pero el pueblo ama y fomenta el arte, y venera sus poetas,—y como la Belleza es una sola con la Verdad y el Bien—según la noble idea clásica,—es en el culto de estas dos últimas, sobre todo, donde ese idealismo se manifiesta. Aquí, casi toda la obra de la caridad y de la enseñanza ha sido creada por el esfuerzo individual, y no por la burocrática y fría acción del Estado. Aquí, á la puerta de los hospitales hay singulares avisos en que se hace saber al público la cantidad de libras que se necesita para la construcción de una sala ó la dotación de nuevos servicios. Aquí, cuando un hombre llega á acumular una gran fortuna en obras de arte ó de dinero la devuelve después de su muerte á la sociedad, porque sabe que la debe al concurso anónimo que para ello nos presta la vida colectiva. Aquí, por una ley de propiedad literaria, al cabo de cierto término póstumo, las obras de los escritores que murieron pasan al dominio social, lo cual abarata enormemente las ediciones y pone al alcance del pueblo el pensamiento de sus filósofos y las fantasías de sus poetas. Aquí, prosperan los estudios bíblicos en tal medida que toda la calle Paternoster en la City está formada de librerías editoras de exégesis y propaganda evangélica, realizada con un desinterés digno de la Edad Media. Aquí, en fin, se han desarrollado los estudios folklóricos que son la reconstrucción idealista del pasado, y han tenido su origen el moderno movimiento teosófico, al transportar de las colonias del Asia, junto con los diamantes de sus minas, la extraordinaria obra de metafísica creada por los antiguos pueblos hindúes... ¿Y Oxford? ¿Y Cambridge? ¿Y Stratford?

Ahora comprendo cómo pudo encenderse una guerra civil en Inglaterra porque se exigía una tasa que no había sido autorizada por el Parlamento. Pueblo idealista es aquél que salva los principios morales, aun á costa de los beneficios materiales, y aquel que antepone los intereses de la sociedad, que es la cosa ideal y permanente, á los intereses del individuo, la cosa material y transitoria. Una moral semejante nos lleva naturalmente á la práctica del bien; al culto del arte y á las altas especulaciones de una verdad platónica, que no excluye á su vera, bien que en un plano inferior, sin duda, las investigaciones necesarias de esa otra ciencia moderna aplicada á las comodidades y al confort de la vida. He ahí el núcleo de la cuestión moral que planteo, y creo que se me ha de perdonar esta cátedra de moralismo, en gracia á haber andado estos días entre profesores y pastores. Por otra parte, creo que cuando se escribe para los periódicos, uno se debe á los intereses permanentes de la sociedad que los mantiene. Creo, además, que cuando un poeta tiene la desgracia de trabajar para sacar de su pluma el pan con que nutre la sangre de su pensamiento, y cuando tiene á la vez la suerte de hablar desde la tribuna libre y prestigiosa de un diario como éste, la manera más bella de conservar la unidad de su vocación y de su vida, es poner su palabra al servicio del bien y de la esperanza. No es el quiotismo lo que ha rendido á la España, sino la falta de una sana educación idealista. Con ella se hubiera mantenido más fuerte después de la pérdida de las colonias, que debía naturalmente perderlas, puesto que eran un poderío material. In-

glaterra, en cambio, podrá, gracias á ello, seguir siendo un país feliz en su isla, cuando haya perdido sus dominios coloniales, y los perderá muy pronto, pues sólo estriban en una cosa material; la expansión del actual sistema capitalista. El triunfo del socialismo deshará el Imperio británico, y este peligro ha sido visto y señalado aquí también por toda la prensa conservadora. Luego, pues, el idealismo es lo más práctico, desde que es el supremo creador de la obra permanente y de la verdadera fuerza de un pueblo. Si el nuestro quiere fortalecerse con fuerza que no esté á merced de las azarosas cosechas, tendrá que dar una contramarcha hacia estas nuevas disciplinas, pues la ética utilitaria que hoy impera en el país, sólo podrá llevarnos á un relajamiento prematuro, que nos habrá hecho conocer las tristezas de la decadencia, sin haber gustado los esplendores de la hegemonía.